



PRIMERA PARTE.

EN QUE SE DA CUENTA DE LAS PROEZAS Y ARROJOS
del guapo Francisco Estevan, natural de la ciudad de Lucena.

Tiemble de mi nombre el mundo,

y estremézcanse los vientos,
atemorícese el orbe,
y los hombres mas soberbios:
porque si digo quien soy,
tengo formado concepto,
que no hay valiente ninguno,
á quien yo no cause miedo:
ni vale nada Benet,
ni Corrales, ni Escobedo,
ni Escabias, ni Pedro Gil,
ni Gordillo, ni Juan Bueno,
Pedro Ponce, ni Carrasco,
Sebastian Gil, ni Cañero,
ni menos Martin Muñoz;
porque aunque valientes fueron,
á vista de mis arrojos
sus hechos se oscurecieron.

Pero para qué me canso,
si soy tigre en lo soberbio,
un león en valentía,
y una fiera en lo sangriento?
Francisco Estevan me llamo,
y arrogante considero,
que tendrán todos bastante
para ver que todo es cierto.
En la ciudad de Lucena,

cuyos timbres van de aumento
por su clima, y por sus hijos,
dándoles Ceres sustento,
dándoles Marte valor,
y Minerva lucimientos.
En esta noble ciudad
nací de padres Gallegos;
y porque me egercitase,
á un oficio me pusieron:
mas el maestro me dió
una zurra por travieso,
y le apedreeé la puerta,
saliéndome al punto huyendo;
y en la ciudad de Jaen
me dieron plaza en un Tercio.
A Cataluña pasé,
á mi Monarca sirviendo,
donde tomando las armas
hice tan notables hechos,
que alcancé á muy pocos dias
la alabarda de Sargento;
la serví unos once meses,
y sobre dos que se huyeron
me ultrajó mi Capitan,
á donde todos lo oyeron.
Yo que soberbio miraba
á cualquiera con desprecio,
lo desafié una noche,

y á dos Cabos mandó luego
 me prendan, y á cuchilladas
 hice que fueran huyendo.
 Pasé á Alicante á ocasion
 que habian llegado al puerto
 las galeras de Cerdeña,
 y en ellas mi plaza siento,
 donde hallé muchos amigos
 de Lucena, y con aliento
 pasamos á Cartagena,
 donde una noche siguiendo
 los pasos de mi fortuna
 con una muger me encuentro,
 y un chiquillo de la mano,
 que me dijo, caballero,
 aqueste hombre me persigue,
 ponga usted á ello remedio.
 Díjele: Señor hidalgo,
 tenga usted mas miramiento,
 y con las pobres mugeres
 nunca se pase á ser necio.
 Respondió que no queria,
 y que á mí qué me iba en ello?
 Mas con un tercerolazo
 le dí la respuesta, á tiempo
 que la muger por delante
 se puso, la paz pidiendo,
 y hombre, muger y muchacho,
 de un tiro quedaron muertos.
 Retiréme á mi galera,
 y despues por mi provecho
 en tratante de tabaco:
 corrí de Valencia el reino,
 y volviendo á Cartagena
 el Gobernador severo,
 viendo el fraude que yo hacia,
 me sale armado al encuentro,
 y entrándose en mi posada,
 me asen y llevan preso.
 Mas sucedió en mi favor,
 hallarse alli Juan Romero;
 y como hijo de la patria,
 fue en los arneses tan diestro,
 que los guardas y alguaciles
 iban cual moscas huyendo.
 Quedáronse los caballos
 y las cargas en empeño,

porque me las embargó
 el Gobernador, diciendo:
 que ya que no me prendia,
 que me cortaba los vuelos.
 Supe que en su caserío
 de mulas habia un juego
 que estaban dándoles verde;
 se las quité, y al momento
 le escribí que las tenia,
 para recobrar el precio
 de los caballos y cargas.
 Mas metióse en este empeño
 el Cuatralvo que se hallaba
 en esta ocasion en el puerto:
 me volvieron los caballos,
 y luego un vale me hicieron.
 A Málaga dí la vuelta,
 y por ella me paseo,
 donde supe que campaba
 Boca-Negra, y con aliento
 lo desafié una noche:
 salimos, donde riñendo
 se fingió herido el contrario,
 y quise dejar el duelo,
 hasta que se hubo curado,
 y segunda vez al puesto
 salimos, donde quedé
 de mi valor satisfecho,
 pues segunda vez llevó
 agugereado su pellejó.
 Fuime á Granada, por ver
 un hombre, á quien fama dieron
 del Guapo de Santaella,
 y sin reparo busquélo.
 Lo saqué desafiado,
 y á los primeros encuentros
 pidió confesion, y yo
 me ausenté al punto, sabiendo
 que me buscaba la Sala
 con recato y con anhelo.
 Me fuí por fin á la Corte,
 donde en tres meses riñeron
 seis guapos en desafio
 conmigo en sitios diversos.
 Díle una vuelta á Lucena,
 y desde alli pasé al reino
 de Jaen, donde casé,

por tener algun sosiego.
 Mas en las carnicerías
 sucedió un donoso cuento,
 que un garduño de las bolsas
 iba la mano metiendo
 para agarrarme la mia;
 mas yo con mucho silencio,
 con el rejon dije, amigo,
 remédiese con aquesto,
 le eché las tripas defuera,
 y luego con paso lento
 me fui, y de alli las Justicias
 sobre unas cargas quisieron
 descaminarme; mas yo
 hice que fuesen huyendo.
 Con el tabaco y la sal
 tuve mi mantenimiento,
 y por ser Jaen gran charco,
 otro busqué mas pequeño.
 Entonces me mudé á Cabra,
 en donde estuve viviendo,
 y con otros alentados
 viages hacia al Puerto,
 donde sin sacar despacho,
 todos fueron tan atentos,
 que nunca tuve embarazo,
 ni los que conmigo fueron.
 Me pasé á Cadiz un dia
 donde á un Almacenero
 once cargas de tabaco
 compré con mis compañeros.
 Hubo soplo, y al salir,
 descuidados nos cogieron,
 vendiéronnos los caballos,
 y quedamos sin remedio.
 Dejé pasar unos dias,
 no muchos, y al cabo de ellos,
 con las armas en la casa
 del Gobernador me entro.
 Eché la llave, y subí,
 mi trabuco previniendo;
 y dije: Señor hidalgo,
 yo vengo por el dinero
 que importaron los caballos
 y las cargas, porque es cierto,
 que estoy tan pobre, que ya
 casi que comer no tengo;

y esto sin réplica sea,
 porque yo vengo por ello.
 El hombre todo turbado
 sacó al instante el dinero
 en doblones, y pagó,
 y quedamos despues de esto
 amigos para otra vez.
 En Puerto Real me acuerdo,
 que el arrendador de alli
 quiso embarazar, y luego
 que hube sacado las cargas,
 me fui á su casa corriendo.
 Pregunté si estaba en casa,
 las mugeres respondieron:
 sí señor; mas vuelva usted,
 porque ahora está durmiendo.
 Entré en una sala baja,
 donde tenia su lecho,
 y con un tercerolazo
 alli me lo dejé muerto.
 Sucedióme en el camino,
 que faltándome el dinero,
 en la venta donde estaba
 me reventaba el ventero
 porque pagara la costa,
 y páguela tan de presto,
 que á la otra vida volando
 se partió, dejando el cuerpo.
 Supe que Diego Ruiz
 y todos mis compañeros
 pretendian el indulto,
 y por quietarme, intentélo;
 mas el Señor Presidente
 á todos nogocia, menos
 á mí, pues dijo tenia
 embarazo para ello.
 Fui á Granada, y en su casa
 con su persona me encierro.
 Dijo ¿qué se me ofrecia?
 Respondí: Señor, yo vengo
 á saber por qué razon
 se me niega mi remedio.
 Yo soy Estevan el guapo,
 ese leon que es tan fiero,
 y si no voy indultado,
 seré terror de este reino.
 Quiso enviar dos criados

á la calle, y estorbélo.
 Díjome entonces: en qué,
 Esteban, servirte puedo?
 Y yo respondí, Señor,
 á lo que arrestado vengo,
 es á pedir que se quemen
 de mis causas los procesos.
 Y él replicó: pues Francisco
 si eso solo es vuestro empeño,
 vedlo, que aquí á vuestra vista
 los consume en llama el fuego;
 mas á Ceuta por dos años,
 por mí y por vos ireis luego.
 Fuime á Ceuta por dos años,
 y en salidas que se hicieron
 clavé las piezas al Moro,
 y como me descubrieron,
 sobre mí todos se arrojan,
 y con el agua á los pechos
 me embarqué para volver
 al presidio; pero presto
 me enfadé de estar en Ceuta;
 quitéle el barco á un barquero,
 con que pasamos á España
 seis ó siete compañeros.
 Volvíme á mi contrabando,
 y hallándonos en el Puerto,
 supe que algunos decían,
 que sacaba yo sin riesgo
 el tabaco, por llevar
 conmigo gente de aliento.
 Tomé un saco, y por las calles,
 iba como un costalero,
 diciendo: ;compran tabaco?
 y ningunos me tosieron.
 Despues en Cabra vivía,
 públicamente vendiendo
 tabaco y sal por las calles,
 y tambien tenía un puesto,
 en donde vino vendía
 sin pagar ningun derecho.
 Los Serranos de Lucena
 á aquella villa vinieron,
 queriendo tambien vender,
 como yo lo estaba haciendo:
 entré y quebré las medidas,
 derramando por el suelo

el licor de los pipotes;
 y ellos cuando lo supieron,
 al puesto que yo tenía
 á hacer lo mismo se fueron.
 Acudí con la noticia,
 cerrando con todos ellos,
 y valientes como Alcides
 con tal fuerza me embistieron,
 que lastimado quedé,
 poniéndome en cura luego.
 Supo el caso la Justicia,
 y cogiéndome en el lecho,
 me llevaron á la carcel,
 y diligencias hicieron
 por privarme de la vida;
 mas tuve buenos empeños,
 y á las Galeras de España
 me echan á remar sin sueldo.
 Y en otra segunda parte
 proseguiré mis arrestos.

SEGUNDA PARTE.

Desde donde empieza Europa
 hasta su término y cabo,
 no campe ningun valiente,
 escondan su espada y brazo,
 tiemblen al oír mi voz,
 y lo que mas les encargo,
 que con silencio me escuchen,
 y les diré en breve rato
 del guapo Francisco Estevan
 lo valeroso y bizarro.
 Ya saben que su egercicio
 era andar al contrabando;
 y que en toda Andalucía
 los ministros le temblaron,
 porque no jugaba burlas,
 y ni hombre de malos tratos
 alcanzó comunicarle,
 fuese bueno, ó fuese malo.
 Dejo guardas de millones,
 y ministros de tabaco,
 porque estos nunca tuvieron
 con Estevan buen despacho.
 Los soplones, cuando andaba
 por el mundo, eran contados.

porque se holgara encontrar un soplón bien maltratado. Jamás llegó á pedir cosa, que no le fuese otorgado, adonde de aquesta suerte, con otros acompañado, por Andalucía y otros reinos vendiendo tabaco. Llegaron un día á Cadiz, en ocasión que diez barcos desembarcaban en tierra tabaco, donde ajustando Estevan cuarenta cargas para él y sus paisanos salió por cabo de todos, y la España atravesaron hasta llegar á Valencia, donde no habiendo despacho, pasó á Aragon, y una noche, junto á la villa de Grados, yendo Estevan muy seguro, tropezó y cayó el caballo, y se lastimó una pierna: sus amigos lo llevaron al lugar, y en él quedó para ser allí curado. Sus compañeros salieron para despues aguardarlo, y llegando á Zaragoza, sin susto, no imaginando de que fuesen detenidos; pero estando descuidados llegaron mas de cien hombres, y el Gobernador por cabo. Les embargaron las cargas, diez de ellos aprisionaron; los demas puestos en fuga, muy en breve se escaparon. Llevan los diez á la cárcel, y las cargas y caballos los llevaron á la plaza, y al pregon se despacharon. Repartió el Gobernador entre Guardas y Escribanos la cantidad, y á su casa la mayor parte han llevado. Vamos ahora á los presos

que al tiempo que les tomaron á declaracion, fue forzoso que confesasen de llano, diciendo: Francisco Estevan es de las cargas el amo, y si es que á saberlo llega, lo sentirá que es un rayo. Replicó el Gobernador: ¿eso decís? pues es claro, que si llegara á cogerlo, lo pusiera entre dos palos: y si no, si acaso hay quien me lo ponga en las manos, mil doblones le prometo, solo por ver ese rayo en mi presencia, que tiene el mundo atemorizado. Oyen los presos el dicho, y al punto un propio enviaron, noticiándole á Francisco cuanto el Juez habia hablado. Tomó la carta, y leyóla dentro la villa de Grados, y bueno de sus achaques, tomó armas y caballo, y partiendo á Zaragoza, dispuso un hecho bizarro. Y fué, que á las doce en punto del día, sin mas reparo se fue á casa de un Cura, y con política hablando, le dice que le acompañe sin dilacion, que le ha dado un accidente á un amigo, y es preciso confesarlo: y sepa que tiene haberes, y es fuerza que haga inventario, porque de todos sus bienes haga finiquito y mando. Siguióle el Cura de prisa, y buscando un Escribano y un Alcalde, se salieron á la calle todos cuatro, Cura, Escribano y Alcalde, y sin caer en el chasco, siguen á Estevan, y llegan con el paso acelerado,

á casa del Gobernador
 los tres sin pensar el caso.
 Llegó, y tocando á la puerta,
 un criado se ha asomado
 á la ventana, y le dice:
 avisa presto á tu amo,
 dile que quieren hablarle
 cuatro personas de garbo.
 Subió el page, y se lo dijo,
 y el Gobernador bajando,
 los recibe en una sala,
 y con política hablando.
 les hizo los cumplimientos:
 mas Francisco con cuidado
 las puertas de dicha sala
 cerró, las llaves tomando,
 metiolas en su bolsillo,
 y su trabuco montando,
 ha dicho al Gobernador:
 por saber que ha deseado
 ver Useñoría á Estevan,
 y que le tiene mandado
 á aquel que se lo entregare,
 mil doblones, me ha obligado
 á ponerme en su presencia,
 y á obedecer su mandato.
 Ahí le traigo un Confesor,
 un Alcalde y Escribano,
 uno para el testamento,
 otro para el inventario,
 y otro para que sus bienes
 disponga como cristiano;
 porque sé que á Useñoría
 mortal accidente ha dado,
 y porque salve su alma,
 esta prevencion le traigo.
 Esto será si me niega
 el dinero que ha mandado,
 que juzgo son mil doblones,
 y tambien lo que montaron
 los caballos y las cargas,
 y por los aprisionados;
 despácheme cuanto antes;
 porque yo no estoy despacio,
 y estos señores querrán
 ir á descansar un rato:
 yo no querré nada menos,

que he venido caminando
 toda esta noche pasada
 por darle este deseado
 gusto á Usia, y juntamente
 á obedecer su mandato.
 No haya escusa en lo que pido:
 si la hay, por los sagrados
 cielos, que con mi rejon,
 y este cometa, este rayo,
 volcan que arroja centellas
 será dentro de este cuarto.
 Aqui remató Francisco,
 y el Gobernador temblando
 le respondió que al instante
 sería todo pagado.
 Y sin detenerse en nada,
 fue á un escritorio, y sacando
 en oro todo el dinero,
 metió Francisco la mano,
 diciendo: ajuste primero
 el precio de los caballos,
 que el tabaco vendra luego,
 que no lo traigo ajustado.
 Y dice el Alcalde: amigo,
 valdrá cada caballo
 cincuenta reales de á ocho.
 Y Estevan le dijo: paso,
 menos de setenta pesos,
 no tomaré ni un ochavo,
 y aquesto es unos con otros,
 y aun cortesía le hago
 al Señor Gobernador,
 ó le mataré en cuidado.
 Y el Gobernador le dijo,
 aqui está el monton contado.
 Apartan la cantidad,
 y entran en la del tabaco;
 le dice el Alcalde: amigo,
 se ha de ajustar libreado?
 Sí señor, respondió Estevan.
 Pues sea un real de á cuatro
 cada libra. No señor,
 de doce reales á bajo
 no lo doy, que lo tenia
 á ese precio despachado.
 Y cuando todo el dinero
 Estevan vió numerado

de los caballos y cargas
dejo: solo lo mandado,
que juzgo son mil doblones,
es ahora lo que aguardo,
pues no es justo de que falte
un hombre de tanto garbo
á su palabra. Y por fin
mis compañeros amados
tres leguas de la ciudad
espero sin intervalo,
porque si no, les prometo
al Cura y al Escribano,
Alcalde y Gobernador
que sus vidas serán pago,
porque al rigor de mi furia
no habrá quien le atage el paso.
Temblando el Cura y Alcalde,
Gobernador y Escribano,
le dicen: vaya con Dios,
que van todo á egecutarlo.
Estevan salió á la calle,
quedándose todos cuatro
pasmados de la osadía
y hecho tan desaforado.
Alcalde, Escribano y Cura
al Gobernador dejando,
se salieron á la calle,
y á la carcel van de paso,
y echaron fuera los presos,
libres de todo despacho.
Hubo noticias muy ciertas,
que al Gobernador curando
estuviesen mas de un mes
del susto; y á Estevan paso,
que así que sus compañeros
á su presencia llegaron
les contó lo sucedido,
y quedaron admirados.
Todos á voces decian:
viva el azote de guapos,
viva quien tiene en el mundo
sus hechos tan laureados,
que no ha de haber quien iguale
á su rigor temerario.
Entrególe á cada uno
Estevan para un caballo,
y el dinero de las cargas

72
lo partieron como hermanos,
y tambien los mil doblones
que tomó por ser mirado.
Se pasó á la Andalucía,
y este caso divulgado.
fue en la ciudad de Sevilla,
dándole todos mil lauros,
confesando de que Estevan
fue solo del mundo el guapo.
Y en otra tercera parte
referiré un caso extraño,
que en la historia no se halla
otro que iguale en lo raro,
pues osadamente quiso,
exponerse á que cerrado
en la ciudad de Granada,
mano le hubieran echado:
pues en casa el Presidente
con arrojo temerario
se metió, pero su brio
le sacó bien de este caso.

TERCERA PARTE.

Santo Cristo de la luz,
Señor de cielos y tierra,
desatad mi torpe labio,
y dadle voz á mi lengua,
mientras la tercera parte
canto de Francisco Estevan.
Los que blasonan de guapos
oigan, escuchen y atiendan
la hazaña mas prodigiosa
que en las edades se cuentan.
Alcanzó á saber Francisco
(no sin alguna certeza)
como Don Pablo Diamante,
Presidente de excelsa
sala del Crimen, habia,
á quien le mate ó le prenda,
ofreciendo cien escudos,
que informacion tiene hecha
de sus notables arrojios,
valentías y proezas.
Con cuya noticia al punto
previno con gran presteza
sus armas, y en un caballo

á Granada dió la vuelta:
 entró por el Triunfo á tiempo
 que estan tocando á la queda;
 llegó á casa de Don Pablo,
 se desmontó, y de la rienda
 entró el caballo allá dentro,
 y con notable advertencia,
 por estar mas á su salvo,
 cerró la puerta primera.
 Llegó al porton, y tocando
 cuatro ó seis golpes apriesa,
 ha salido un page á abrir
 que á ocho años no llega,
 diciendo: quién es quien llama?
 Respondió con diligencia:
 dile, niño, á tu Señor,
 que aqui está Francisco Estevan,
 y mira que vengas presto,
 porque aguardo la respuesta.
 Llevó á su amo el recado,
 y al oirlo se le yela
 la sangre, y el corazon
 palpita, y su pecho tiembla,
 que aunque no le ha visto nunca,
 sabe quien es y recela.
 Se quedó un rato suspenso;
 y ya recobrado piensa
 el lance tan apretado:
 pero duda que se atreva
 un hombre con tantas causas
 á entrar en su casa mesma.
 Le manda que suba arriba,
 el page baja y le lleva
 donde su Señor le aguarda;
 mas aunque subió de priesa,
 dejó el postigo cerrado:
 sin que nadie lo sintiera,
 dejandó el caballo dentro
 de la una y la otra puerta.
 Así que entró por la sala,
 donde Don Pablo le espera
 diestro, liberal y pronto
 se desmontó la montera.
 Don Pablo le miró atento
 de los pies á la cabeza,
 y con notable recato
 le dijo: siéntate, Estevan,

que quiero que de tu vida
 me des relacion estensa,
 porque dudo que tus hechos,
 sean como me los cuentan.
 Dijole Estevan: Señor,
 si he de estar en su presencia
 sentado, no lo he de hacer,
 en pie estaré, que es decencia.
 Replicó segunda vez:
 buena política observas;
 siéntate, yo te lo mando,
 y es mi gusto que obedezcas.
 Sentóse, diciendo airoso:
 perdone mi inadvertencia.
 ¿Tienes padre? dijo entonces
 Don Pablo, y fue la respuesta:
 si señor, vivo es mi padre.
 pobre, humilde, porque entienda
 porque es la causa de que yo
 ande de aquesta manera.
 ¿Tienes madre? No señor:
 Dios la perdone, ya es muerta.
 ¿Tienes hermanos? Tres tengo,
 y á mí los tres se sujetan.
 ¿Dónde casaste? Y él dice
 con arte, y no sin viveza:
 en la ciudad de Jaen,
 que es de su reino cabeza.
 Cupido me hirió de amores,
 y lo logró de manera,
 que recibí por esposa
 á la muger mas dispuesta
 que ha nacido en muchos siglos
 en valor y gentileza;
 Doña Josefa se llama,
 y muy servidora vuestra.
 ¿Tienes hijos? Sí señor;
 una hija, y desempeña
 á su padre y á su madre
 en lo hermosa y lo discreta.
 ¿Qué edad tienes? Y responde:
 con muy poca diferencia,
 tengo ya treinta y dos años,
 como mi persona muestra.
 Y por último, Señor,
 no porque el riesgo me estrecha,
 ni porque el temor me obliga

á venderos la fineza,
 á tus pies estamos todos
 con muy rendida obediencia.
 Dios te guarde, que me obligas
 con atencion tan discreta;
 y creer que te he cobrado
 gran voluntad, me pesa
 que un hombre de tu valor,
 como dice la experiencia,
 viva como fiera horrible,
 siendo estrago de esta tierra,
 sin temer á la justicia
 ni al cielo que te tolera.
 Reforma tu vida, amigo,
 que recelo no la pierdas,
 ó á manos de la justicia,
 ó al rigor de una escopeta.
 Estevan reconoció
 que le trata con cautela
 en las razones que ha dicho,
 por detenerlas con ellas,
 por si vienen los ministros
 que por instantes espera
 para rondar la ciudad,
 y lograr la diligencia
 de prenderle, pero dió
 esta vez el golpe en piedra:
 porque Francisco tenia
 aseguradas las puertas,
 y con descuido en la calle
 un amigo de Lucena
 que conforme iban llegando
 los ministros á la puerta,
 les dice, como venian
 á precisa diligencia,
 y que un hombre á su llamada
 respondió por una reja
 volviese por la mañana
 que no se abrian las puertas,
 porque su Señor tenia
 destemplada la cabeza;
 y con tan buen expediente
 todos se van y le dejan.
 Estevan muy animoso
 dijo, falto de paciencia:
 Sr. Don Pablo, es preciso
 el que Useñoría entienda

que soy como el cirujano,
 que ha sangrado alguna vena,
 y en no dando en la cisura
 la sangre un golpe le pega.
 Yo solo vine, Señor,
 á que haga borrar las letras,
 que contra mí tiene escritas;
 y tambien quiero que sepa,
 que he venido á suplicar
 y no á pedirlo por fuerza.
 Viéndose pues precisado,
 y que los suyos no llegan,
 hizo cuanto le pedia,
 alli mismo en su presencia,
 diciéndole: ya estás libre
 si me prometes la enmienda;
 mira tus obligaciones,
 que sentiré que te pierdas.
 Esto dijo, y le pregunta,
 con mas miedo que vergüenza,
 si traía muchas armas?
 A lo cual respondió Estevan
 con grandísima frescura:
 cuatro pistolas pequeñas
 aqui traigo, si le gustan
 á Usía, sirvase de ellas,
 para que de mi se acuerde
 cuando á su vista las tenga.
 Don Pablo le presentó
 de á vara dos escopetas,
 con las llaves granadinas,
 los cañones de Valencia,
 de fino marfil las cajas,
 y de bronce las baquetas,
 de plata tersa y bruñida
 los puntos y abrazaderas.
 Mandó Don Pablo que al punto
 aderezasen la cena:
 cenaron, y luego manda,
 que en una alcoba pequeña,
 como á su misma persona
 le pongan la cama á Estevan.
 Mas el que tiene enemigos,
 como es justo que no duerma,
 metió la mano en su pecho,
 y en su interior dijo: venza
 primero la obligacion,

antes que la conveniencia.

Y así seco y desabrido

luego al instante comienza

a despedirse Francisco

de Don Pablo y Doña Elena,

de criados y criadas,

cuantos en casa se albergan,

que quiere que participen

todos de su gentileza.

Acompañóle Don Pablo,

hasta que llegó á la puerta,

á donde vido el caballo,

con otras cuatro escopetas.

Dijo Francisco suspenso:

bien he salido de aquesta;

y el amigo de la calle,

porque no lo conocieran,

se retiró: cuando oía

que iban abriendo las puertas;

con que á la villa de Cabra

partieron con gran presteza.

Don Pablo no se acostó,

porque pensando en la fiesta

estuvo toda la noche

con su esposa Doña Elena,

los criados asustados

del mismo modo se quedan,

y habiendo ya amanecido,

los ministros se presentan

á Don Pablo, y le preguntan

si está bueno? Y por respuesta

les dió, que habian pasado

una noche no muy buena,

porque ha tenido en su casa

al guapo Francisco Estevan,

quien le pidió que borrarse

sus causas, y que licencia

llevaba para indultarse,

y tambien dos escopetas,

que el Capitan del alcazar

le presentó con largueza.

Qué señas tiene? preguntan.

Y les responde, son estas:

él es hombre de dos varas,

rojo, y la barba algo negra;

el rostro muy apacible,

y la vista placentera,

político, cortesano,

y con muchas agudezas,

que para informarme de él

hice muy bastantes pruebas.

Es un segundo Pulgar,

que en Granada nombre deja

por la accion tan atrevida

que en mi casa tiene hecha.

El es hombre sin segundo

en valor y fortaleza,

corrés como temerario,

y agudo sin competencia.

No me pesa haberlo visto,

aunque asustado me deja,

porque tal brio y despejo

no es posible que otro tenga.

Y á fé que siento en el alma,

que un hombre de tales prendas

entre riesgos y peligros

ande de aquesta manera.

Todos quedaron absortos

de accion tan rara y tan nueva:

y seguiré en otra parte

refiriendo sus proezas,

si generosos perdonan

las faltas que aquestas llevan.

CUARTA PARTE.

O Soberano Señor,

que sustentais tierra y cielo,

governad mi rudo estilo,

dad luz á mi entendimiento

para que referir pueda

á mi auditorio discreto

del guapo Francisco Estevan

el mas valeroso arresto.

En la ciudad de Antequera

el Corregidor sabiendo

lo que sucedió en Granada,

al punto despachó un pliego,

que al que á Estevan le entregara

le daria dos mil pesos.

Y Estevan luego al instante

que este caso le dijeron,

atribuyéndolo á chanza

no hizo caso, suponiendo

11
todas sus causas borradas: y así
dióle el corazón un vuelco; y no
qué diría de él la fama, si esta noticia teniendo
no se arrojaba animoso; y dentro de sí diciendo:
dónde está el valor, Estevan? sus
armas previno, y luego en un ligero caballo
tomó el camino, y resuelto á la ciudad de Antequera
disfrazado y encubierto á eso de las oraciones
llegó, sin temer al riesgo. Fue á ver al Corregidor,
llamó á la puerta, y saliendo una criada le ha dicho:
dile á tu Señor, que un pliego le traigo, de como tiene
á Francisco Estevan preso; y que si me hace el gusto
entraré, porque no tengo posada para esta noche.
El Corregidor que oyendo le estaba por una reja,
bajó á la puerta al momento diciéndole á la criada:
abre aquesa puerta presto. Entró Estevan, y el caballo
dió de las riendas á un negro: lo entró en la caballeriza,
y á Estevan recibimiento le hizo muy cortés y alegre.
Preguntó: ¿cómo prendieron á aqueso Francisco Estevan?
¿no dicen que es un león fiero? Pues por lo que rijo y mando,
ya que he llegado á cogerlo, ha de pagar las infamias
que en todo este reino ha hecho. Díjole Estevan: Señor,
en razon está bien puesto, que quien es desahogado,
lo pague; mas lo que quiero, es quitarme aquesas armas,
que algo fatigado vengo. Díjole el Corregidor:

pues este cuarto reservo, para que vuestra persona lo ocupe como hombre bueno. Despojóse de sus armas Francisco junto á su asiento, y el Corregidor miraba colete y armas atento. Y él le dijo: Señor mío, estas armas y colete, son de Francisco Estevan, que el que hábito trae puesto, parece ser religioso, aunque sea un bandolero: y yo trayéndolas puestas, pienso que á Estevan excedo. Entre unas y otras razones las criadas previnieron las mesas, y se sentaron á cenar; y en este medio dieron un golpe á la puerta: Francisco aunque se hace lerdo, sus armas no desampara, pues á su lado derecho las dejó, y su gran capote tiene sobre el hombro puesto. Estando en esto repara, y vió que la puerta abrieron, y seguidamente entraron diez y seis hombres, y entre ellos iba el Alcalde mayor por cabo de ronda, y luego el Gobernador le dijo: mire el apercebimiento que á mi persona acompaña; que hombre de mucho aliento no tendrán tantos guardas y ministros? Yo lo creo, replicó entences Estevan. Tomaron todos asiento, y Francisco como huesped, brindó con silla y cubierto, y ellos con gran cortesía correspondieron atentos. Despues que hubieron cenado, Estevan dijo: yo creo, que toda esta gente armada no pudiera causar miedo

ni espanto á Francisco Estevan, porque es sobrado el aliento que le acompaña, y sin duda los pusiera en grande empeño. ¿Qué es esto (dijo el Alcalde) qué ha habido ahora de empeño? Díjole el Corregidor: señor Alcalde, tenemos unas noticias felices, Francisco Estevan es preso. Replicó el Alcalde, y dijo, por Cristo que no lo creo. Y dijo el Corregidor: no? pues este caballero ha traído la noticia, proponiendo como es cierto. A lo cual dijo el Alcalde: lo cogerían durmiendo, que de otra manera dudo que pudieran á él prenderlo. Replicó Estevan entonces: sea despierto ó durmiendo, lo que sé es, que está encerrado, y diez y siete hombres buenos á su lado, y aun también un Corregidor entre ellos, y un Alcalde, que no fian de otro valor el empeño. Vos lo veriais de espacio. Dijo Estevan: ¿cómo verlo? tan visto lo ví, que juzgo que aun ahora lo estoy viendo. ¿Qué género de hombre es ese? no he podido conocerlo. Díjole entonces Estevan: pues antes de mucho tiempo, si os hago aquí la pintura, habeis de tenerle miedo. Y sino, denme licencia vuestras mercedes, que quiero, ya que me traje sus armas, ponérmelas, que respeto causaré al que las mire. Dijo el Corregidor: luego al instante os las poned: pues si la licencia tengo, tomo primero la charpa,

pues tengo puesto el colete; póngome cuatro pistolas; ya os he dicho son del mismo; pongo el rejon en el cintón: este trabuco prevengo para tenerlo en la mano montado, pues es el mismo que traigo siempre conmigo. Traigo he dicho? no es de miedo, que con este desahogo de estar el papel haciendo me pareció ser el mismo. y así no tengais recelo. Tenia Francisco Estevan, cuando dicen lo prendieron: ¿dicenhe dicho? voy mal, porque he dicho soy el mismo, teniendo puestas sus armas. Y el Gobernador que atento estaba, al punto responde: si habeis dicho sois el mismo, que hableis de cualquiera suerte, os hemos de estar oyendo. Pues haced cuenta, señores, de que en lo que toca al cuerpo, en el suyo y en el mio no hay de diferencia un pelo. La vista suya en alegre, aunque su rostro es severo; cortesano, lo que cabe; discreto sin par ni cuento, tiene agudezas muy muchas, y habilidad en extremo; amigo es de sus amigos, y en sus acciones atento. Es galan por su persona, su hablar en todo alhagüeño, sus armas ya las mirais, su ropa ya la estais viendo, porque su capa y montera, su capote y el colete, calzones, mangas, botones y zapatos tengo puestos. Mas lo que hay de diferencia de mí á él, es proponeros hasta aquí, que estaba ausente, y ya encubrirlo no puedo:

yo soy el mismo que he dicho,
yo soy Estevan, que vengo
arrestado á que me dé
el Corregidor, en premio
de mi mucha libertad,
al punto aquí dos mil pesos
que ofreció por mi persona;
y entienda, que si el arresto
muy desahogado ha sido,
es porque sepa mi aliento,
que solo y acompañado
sabré salir del empeño.
Ea, pues, señores míos,
mano á la obra, contemos
al punto aquesos doblones,
sin réplica sea aquesto.
Los sacó el Corregidor,
y Estevan metiólos dentro
de su bolsillo, y ha dicho:
¿sabe Usía lo que quiero?
que por todos los lugares
mande recoger el pliego
que ha despachado, y advierta
que soy leon en lo fiero.
Traiganme el caballo al punto:
desocupen al momento
el cuarto, y déjenme solo,
y si no, viven los cielos,
que á incendios de aqueste rayo
quedarán cenizas hechos:
quitense de mi presencia.
Y huyendo todos salieron
á las razones que dijo,
porque tenia recelo
cada cual que le tocasse
una centella de fuego.
Le trajeron el caballo,
montó en él, y en un momento
salió al medio de la calle,
diciendo: mañana espero
en la ciudad de Lucena,
que envien por el dinero.
Volando se fue á su patria,
y al cabo de mes y medio,
viendo que el Corregidor
no envió por el dinero,
pensando entre sí decia:

qué se dirá de mi aliento,
de mi fama y buen vivir,
si los doblones no vuelvo?
dirán que por la codicia
me atreví á hacer el arresto.
Volvió un dia á Antequera,
sin temor y sin recelo,
y como de las entradas
estaba ya satisfecho,
fue y le habló al Corregidor,
y le dió los dos mil pesos,
diciéndole: Useñoría
perdone el atrevimiento,
porque un hombre apasionado
determina cualquier yerro.
Díjole el Corregidor:
Francisco, de tus arrestos
estoy muy bien informado;
y en lo que toca al dinero
que ha salido de mi casa,
llévalo, que no lo quiero,
dineros y mi persona
á tu mandato lo ofrezco;
tendrás en mí un fiel amigo.
De Useñoría lo espero;
y en fe de eso la licencia
pido. Despidióse luego,
y partió alegre á su patria,
donde con gusto lo dejó,
y en la otra postrera parte
daré fin á sus arrestos,
diciendo, como la parca
lo tuvo bajo su imperio,
y de él cobró el tributo
que todos pagar debemos,
pues su rigor no perdona
ni á cobardes ni á resueltos.

QUINTA. PARTE.

Esplique mi lengua torpe
en acento; mal formados
el trágico fin y muerte
de este Leon africano,
de este pasmo su valor,
de este relámpago y rayo,
mientras templados buriles

esculpen en bronce y marmol
 para memoria en los siglos
 hechos tan adelantados.
 Ya dige en la tercer parte,
 como Esteban precisado
 se vió arrojar á Granada,
 con ánimo tan bizarro,
 que igual no se ha conocido
 en la rueda de los años;
 y que el señor Presidente
 quedó tan maravillado
 de su político estilo,
 que se convino en librarlo.
 La cuarta, que en Antequera
 se arrojó muy temerario;
 habiendo el Gobernador
 en su distrito mandado
 lo prendieran, y daría
 dos mil pesos de contado:
 pues se le puso delante,
 dejando atemorizados
 á todos los de la casa.
 Y sabidos estos casos,
 déjolos, y voy á dar
 remate á lo comenzado.
 Se hizo público en España,
 como fué por sus desgarros
 el guapo Francisco Estevan
 á galeras sentenciado;
 pero le duró muy poco,
 que mañoso y arriesgado
 para sacar el grillete,
 un carcañal se ha cortado,
 y con una lancha á tierra
 él y otros se pasaron.
 Sabido en Andalucía,
 como habia quebrantado
 las galeras, al instante
 las Justicias le temblaron.
 Por vivir mas á sus anchas,
 á Lucena se ha pasado,
 donde causas no tenia:
 y echándose al contrabando,
 vivió dos años gustoso,
 como dicen, con descanso.
 Mas, ¡oh justa Providencia!
 que cuando mas olvidados,

despues de muchos auxilios,
 nos castiga el justo brazo.
 Mas esta débil materia,
 como formada de barro,
 al hombre olvidar le hace
 el fin para que es criado,
 que es para servir á Dios,
 y despues sin fin gozarlo,
 y en los deleites del mundo
 aquel que se ha encenagado,
 sin mirar á su principio,
 sigue su locura ufano.
 Asi Francisco vivia,
 de la muerte descuidado,
 como si inmortal viviera,
 siendo asi que muere el santo,
 el Rey, el sábio, el mendigo,
 el valiente y desalmado
 Lunes nueve de noviembre,
 del año finalizado,
 mil setecientos y cinco,
 sin recelo y sin cuidado
 entró en la dicha ciudad,
 de la parca fulminando,
 á cumplir en un minuto
 su destino, deuda y astro,
 de la villa del Campillo
 un tal Benito Velasco,
 en ocasion que Francisco,
 de su soberbia llevado,
 tuvo un mediano disgusto
 con un mancebo alentado,
 á quien Carlos de los Reyes
 por nombre y señas le han dado.
 Hallóse en esta ocasion
 en Lucena un mozo honrado,
 que llamaban Juan Romero,
 y como mozo de garbo,
 en el duelo y la quimera
 entre los dos ha mediado.
 Pasó Francisco á su casa,
 del suceso descuidado;
 mas en la calle encontró
 á Benito y otros cuatro,
 y dióles la bienvenida,
 con valor y con agrado.
 Dijo Francisco á Benito,

como amigo preguntando:
qué aire os trae á aquesta tierra?

Y él respondió algo bajo:

unos negocios del Rey,

amigo, son los que traigo.

Tuvo ya algunas sospechas

por hallarse pregonado,

y hácia una casa de vino

se lo llevó á convidarlo.

A tiempo de ir á beber,

Benito le dijo: hermano,

de ese colete que tienes

estoy muy aficionado,

y me lo tienes de dar,

daréte este mio en cambio.

Bebió Francisco, y le dijo:

bebe, que en aqueste caso

el colete y la persona

lo tienes á tu mandado,

y las armas, porque á mí

ya me sirven de embarazo.

Bebió Benito, y Francisco

entre sí considerando

si lo vendria á matar,

segun las muestras ha dado,

á la calle se salieron,

y los cuatro se apartaron,

y entre Francisco y Benito

anda el demonio enredado.

Díjole Benito á Estevan:

si se ha de hacer ese cambio,

en este zaguan entremos,

y quedará negociado.

Mas Francisco con cautela,

entre sí considerando

que siempre el que da primero,

suele ser mas bien librado,

hizo que se rebozaba,

y una pistola montando,

al revolverse á escupir,

tiró con presteza el gato,

y por las mismas quijadas

le dió tan fuerte balazo,

que mas menester no hubo,

para quitarlo de gastos.

Y viendo que en pie quedaba,

le ha dicho disimulado:

que de esa suerte quedais?

y entonces se ha trastornado.

Como en el suelo cayó,

dijo desembarazado:

afuera, perros, que ya

todo mi intento he logrado.

Hácia su casa se fue,

donde sus armas tomando,

sacó el caballo, y echó

su pipada de tabaco.

De su muger se despide,

y á pocos pasos andados,

se acordó se le quedaban

la municion y los frascos.

Volvió á su casa por ellos,

y á su muger así ha hablado:

quita esos trastos de en medio,

porque á un pícaro he matado,

y si viene la justicia,

he de matar tres ó cuatro.

Se fue á una taberna, donde

me lo dejaré brindando,

mientras que de Juan Romero

digo sus hechos y pasos:

pues como quedó en su casa,

se ha despedido de Carlos,

el cual se fue á su posada,

y él se quedó acomodando,

sin prevenir para qué,

sus armas y caballo.

Y pasado un rato breve,

le dió el caballo á un muchacho

que se lo saque á la huerta,

porque quisiere pasearlo:

mas en la calle le han dicho,

oiga usted lo que ha pasado:

Francisco Estevan mató

en este instante ahí abajo

á un hombre que me parece

que usted mucho lo ha estimado.

Dijo Romero: Jesus!

que lo quiero como hermano,

ese es mi compadre Reyes;

porque han tenido un enfado:

y yo los apacigué,

y pues que me ha quebrantado

el pacto de la amistad,

vive Dios, ha de matarle.
 Hacia casa de Francisco
 se encamina, fulminando
 rayos, fuego y centellas
 por los ojos va brotando;
 quisiéronlo detener,
 pero á todos salió en veno.
 Llegó Romero á la puerta
 del que estaba descuidado,
 como he dicho, en la taberna,
 muchas saludes echando:
 dió en la puerta dos patadas,
 y al ruido se ha asomado
 la muger á la ventana,
 y Romero ha preguntado:
 dónde está Francisco Estevan?
 sepa que vengo á matarlo.
 No está en casa, respondió,
 que salió con su caballo;
 pero no lo matará,
 que Estevan aun tiene manos.
 Quiso Romero volverse,
 y en este tiempo ha escuchado
 en el cabo de la calle
 herraduras de caballo,
 dijo la muger: ya viene,
 velo allí, si ha de matarlo.
 Se puso en planta al instante;
 y lió la capa al brazo,
 diciendo: traidor, aleve,
 cómo vilmente has quitado
 la vida al mejor amigo.
 y un hombre de tanto garbo?
 Dijo Francisco: y á ti.
 Y Romero ha replicado:
 sea la tuya ó la mia,
 ponte bien, que te disparo.
 Tiró del gato Romero,
 habiendo bien apuntado;
 y por el medio del pecho
 le dió tan fuerte balazo,
 que del estribo quedó
 Francisco Estevan colgado.
 Asegundóle con otro,
 para mas asegurarlo,
 y cuando lo vido muerto,
 el trabuco le ha quitado,

diciendo: ahí te queda el mio,
 con este tuyo me pago;
 si hay quien tome la demanda,
 que salga, que yo le aguardo.
 Pero un religioso y otros
 le llevaron, de él tirando,
 de Guzman hacia la casa,
 por ver si pueden quitarlo:
 mas sucedió, que en la calle
 le embistió con sobresalto
 el padre del ya difunto,
 y de suerte lo ha agarrado,
 que fue preciso apelar
 á su rejon con cuidado.
 Y viendo que le iba á dar,
 y que quiere acogotarlo,
 dícele: á un viejo y caído
 no dan los hombres de garbo;
 dijo: por viejo te dejo;
 y se refugió al sagrado.
 Vamos ahora á Francisco,
 que en el suelo revolcado
 está el asombro de Europa,
 el que fue del mundo espanto,
 que todo el que á hierro mata,
 en el hierro hallará el pago.
 Por ser muchos sus insultos,
 la justicia echó de él mano,
 para egemplo de los niños
 y escarmiento á desalmados,
 y con grillos y cadenas
 en la cárcel lo afrentaron,
 á donde todos lo vieron,
 y los términos pasando,
 lo ahorcaron de la reja
 de la cárcel, y temblaron
 los corazones mas fuertes,
 al mirar tan duro caso,
 contemplando allí cadaver
 al que había sido pasmo
 y susto de los valientes,
 teniendo el mundo asombrado.
 Escarmienten los que viven
 sin freno, que el fin llegado,
 el buen vivir tendrá el cielo,
 y al infierno irán los malos.

F I N.

Sevilla: imprenta de la Vinda de Caro. 1841.